



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Varela Barraza, Hilda

Nelson Rolihlahla Mandela: la lucha por la recuperación de la dignidad humana

Estudios de Asia y África, vol. XLIX, núm. 2, mayo-agosto, 2014, pp. 497-507

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58639998008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

NELSON ROLIHLAHLA MANDELA: LA LUCHA POR LA RECUPERACIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA

HILDA VARELA BARRAZA

El Colegio de México

En la segunda mitad del siglo xx Sudáfrica era el único país africano que atraía la atención internacional en forma más o menos continua: el término *apartheid*; el nombre de la principal organización defensora de la población negra, el Congreso Nacional Africano (conocido como ANC por sus siglas en inglés); ciudades como Johannesburgo o Pretoria; pero, sobre todo, el nombre y la situación de Nelson Mandela eran ampliamente difundidos. Hoy, irónicamente, es increíble el gran desconocimiento que todavía existe en torno de Sudáfrica, su historia y quién fue Nelson Mandela.

Es difícil en unas cuantas páginas sintetizar la vida de Mandela; además, para comprender por qué, incluso después de su muerte, sigue siendo un símbolo de la lucha en favor de la recuperación de la dignidad de los seres humanos, independientemente del color de la piel, es necesario ubicarlo en su contexto histórico: Sudáfrica.

Nelson Rolihlahla Mandela¹ nació el 18 de julio de 1918 en el pequeño poblado de Mvezo, distrito de Umtata, capital de Transkei, en la entonces Unión Sudafricana, dominio autónomo del imperio británico, en el cual la minoría blanca

¹ Este trabajo está ampliamente basado en dos obras: Nelson Mandela, *Long walk to Freedom. The Autobiography of Nelson Mandela*, Boston-Nueva York-Toronto-Londres, Little, Brown and Company, 1995, y Sello Hatang y Sabm Venter (dirs.), *Nelson Mandela, Pensées pour moi-même. Le livre autorisé de citations*, París, Éditions de la Martinière-PQ Blackwell, 2011.

—cuyos líderes políticos y religiosos históricamente mantenían un discurso de odio hacia la población africana y una versión distorsionada de la historia a partir del siglo xvii, cuando comenzó la explotación racista— tenía derecho de voto, mientras que casi 80% de la población, de piel negra, carecía de todos los derechos, incluso los más básicos. De acuerdo con una milenaria concepción teológica elaborada por la minoría racista, vigente en Sudáfrica por lo menos hasta la década de 1980, la gente negra era inferior a los blancos en todos los aspectos, incluso en el moral, como “obra divina” (*sic*).

Mandela relataba en las primeras páginas de su autobiografía que lo único que heredó de su padre fue su nombre, Rolihlahla, que en lengua xhosa significa “el hacedor de problemas”, pero no pensaba que los nombres marcaran el destino de una persona. En su primer día de clases —cuando tenía siete años— su profesora le dio un nombre inglés, Nelson, y le dijo que a partir de ese momento así sería su nombre. “Era la costumbre entre los africanos en esos días”,² explicaba Mandela, quien pertenecía al linaje aristocrático thembu, en cuyo contexto le correspondía el nombre honorífico de Madiba, años más tarde utilizado para referirnos a él, con respeto y admiración.

El padre de Mandela, consejero de reyes thembu tanto por herencia como por costumbre, debido a un problema con un hombre blanco fue destituido, perdió su ganado y tuvo que emigrar a la aldea de Qunu hacia 1920, de verdes colinas y aguas cristalinas, donde Mandela pasó sus primeros años realizando tareas de campo (como pastor de ganado). Se entretenía con otros niños africanos con juguetes que ellos mismos hacían, usaba atuendos tradicionales y tenía una dieta muy austera debido a las dificultades económicas. De esa época, Mandela guardaba bellos recuerdos. Definía Qunu como un mundo maravilloso, y puesto que tenía muy poco contacto con los blancos y poco conocimiento de la realidad de su gente, decía que habían sido días sin responsabilidades. Ahí se gestó su espíritu libre como el aire, su gran amor a Qunu y su conocimiento de las formas tradicionales xhosa de ejercer la democracia, y su interés por la historia y la cultura de su pueblo a partir de las enseñanzas de

² Mandela, *Long walk to Freedom...*, *op. cit.*, p. 13.

los ancianos de la comunidad, pues en la escuela, con educación occidental, nunca le hablaban de sus raíces históricas. Tenía tan solo nueve años cuando murió su padre, hecho que cambió su vida. Su madre lo puso bajo la tutela de un miembro de la familia real y fue educado como un hijo más.

En ese contexto creció como un joven orgulloso de sus raíces. Fue educado en escuelas de misioneros metodistas, a la “manera occidental”, y desde esa época se distinguió por su gran inteligencia, por su memoria, por su interés por aprender y leer, y sobre todo por un extraordinario sentido de la dignidad, del amor a la vida y por un incipiente estímulo de lucha en contra de la injusticia social. Un acontecimiento, especialmente relevante para el adolescente Mandela, fue su rito tradicional de iniciación junto con otros jóvenes de su edad, cuando sólo tenía 16 años. En la ceremonia, el jefe étnico que la dirigía dijo a los jóvenes palabras que a Mandela le molestaron: que los sudafricanos negros eran un pueblo conquistado, esclavos en su propia tierra; sin fuerza ni poder o control sobre su destino, y que el mayor regalo era la libertad y la independencia, pero que ellos no recibirían ese regalo. Para Mandela esas palabras significaron dejar atrás la niñez y empezar a vivir una amarga realidad, como hombre negro en un país racista.

A diferencia de sus compañeros del rito de iniciación, quienes fueron enviados a trabajar como obreros en las minas, Mandela estaba destinado a ser consejero debido a sus antecedentes familiares y, por lo tanto, a estudiar. Fue enviado a la escuela más importante de Thumbulandia.

Su carrera política se inició en la década de 1940, cuando emigró a Johannesburgo, “ciudad de blancos”; estudiaba por correspondencia y trabajaba como empleado para sobrevivir. Poco después, inició una amistad con el joven negro Walter Sisulu que marcaría su futuro. Ingresó al ANC, que, por las propias condiciones de exclusión y violencia del sistema de explotación racista, era una organización legal pero sin carácter político (debido a las prohibiciones), que reunía a una minúscula élite africana con formación occidental (profesores de primaria, clérigos, empleados medios) y que tenía un marco de acción muy limitado y buscaba, de manera pacífica, el reconocimiento de los derechos básicos de la población negra.

Pronto Nelson Mandela se reveló como un líder innato, con un gran carisma, facilidad de palabra y convicciones sólidas; fundó la que sería la primera Liga Juvenil del ANC —junto con Walter Sisulu y Oliver Tambo—, lo que favoreció la radicalización del ANC por la incorporación en sus filas de sectores obreros negros, los más explotados por el sistema. Poco después fue elegido miembro del consejo ejecutivo del ANC, en Transvaal, y después miembro de su consejo ejecutivo nacional.

En esa misma década fue electo por la minoría blanca un gobierno que polarizó aún más a la sociedad local y que, con un discurso exacerbado e incoherente de odio racial, dio al sistema e ideología dominante el nombre, en lengua afrikáans, de *apartheid*.³ Tanto el sistema como las leyes de explotación racista fueron fortalecidos e invalidaron cada vez más los escasos espacios de participación para los africanos.

Nelson Mandela logró ser admitido en una de las universidades sudafricanas con mayor prestigio, Witswatersrand University, para estudiar derecho, donde tuvo la oportunidad de convivir con jóvenes intelectuales blancos con una opción política opuesta a la del régimen racista y que, años más tarde, jugarían un papel muy importante en la lucha en contra de la explotación racista. Obtuvo el título de abogado y, en 1952 —junto con Oliver Tambo—, instaló una oficina legal para la gente negra en Johannesburgo. Fue electo presidente adjunto del ANC, mientras que Albert Luthuli (años después premio Nobel de la Paz) era el presidente.

En varias ocasiones fue enjuiciado por su actividad política pero el año de 1960 fue decisivo: una manifestación de protesta de gente negra desarmada, en el barrio obrero de Sharpeville, fue reprimida por la policía con armas de fuego; mataron a 69 personas. La noticia de la matanza se difundió entre la po-

³ Tanto entre la opinión pública como en círculos académicos e intelectuales muchas veces se tiende a reducir el *apartheid* a un fenómeno de discriminación racial, como si se tratase, simplemente, de que la población blanca sudafricana no quisiera a las personas negras. En realidad, se trató de un sistema (apoyado en una ideología) de explotación basada en el color de la piel cuyas raíces datan del siglo xvii tras la llegada de los primeros colonos blancos a lo que hoy es Sudáfrica. Desde que fue formada la Unión Sudafricana (1910) empezaron a ser codificadas en leyes las prácticas milenarias de control y explotación de la población negra, lo que asumió una forma más organizada a partir de 1948, con la introducción oficial del *apartheid*.

blación negra, a pesar de las prohibiciones, y pronto estallaron protestas en todo el país que generaron una inestabilidad política sin precedentes, lo que provocó el pánico entre los socios occidentales del régimen racista.

En 1961, el gobierno de minoría blanca declaró la República de Sudáfrica y abandonó la Commonwealth. Ante las protestas de la gente negra, la respuesta oficial fue la represión; fueron prohibidas las dos organizaciones que representaban a la población negra, incluido el ANC,⁴ y muchos de sus militantes fueron asesinados, 20 000 apresados, entre ellos Nelson Mandela, y otros salieron al exilio o tuvieron que optar por la clandestinidad.

Mandela fue acusado de traición, pero sin pruebas suficientes fue declarado inocente. Al salir de la cárcel, ante la clausura del único espacio de lucha legal de la población negra, y como más tarde él mismo explicaría, se dio cuenta de que eran inútiles todas las formas pacíficas para convencer al régimen de la necesidad de reconocer los derechos de la gente negra. Decidió optar por la clandestinidad y crear un pequeño grupo armado —más tarde, reconocido por el ANC como su brazo armado— para llevar a cabo actos de sabotaje. Era un hombre con formación universitaria, deportista, apasionado de la lectura y, por lo tanto, no tenía la menor idea de lo que era un arma de fuego. Con la finalidad de recibir entrenamiento militar y de dar a conocer la realidad de la población negra en Sudáfrica, con apoyo de miembros del ANC salió del país por carretera, sin pasaporte⁵ ni permiso de las autoridades racistas —lo que para una persona negra era un delito que podía recibir hasta 10 años de cárcel—, para entrar en contacto con líderes de países africanos independientes y recibir entrenamiento militar;⁶ además, para explicar en varios países europeos la lucha contra el *apartheid*.

A su regreso a Sudáfrica (1962) fue arrestado cerca de Johannesburgo por el delito de salir del país sin permiso. Condenado a

⁴ También fue prohibido otro movimiento *antiapartheid*, formado en 1959 por una escisión en el ANC, llamado Congreso Panafricano (PAC).

⁵ Más tarde, el entonces presidente de Senegal, Léopold S. Senghor, le dio un pasaporte.

⁶ Es importante subrayar que Nelson Mandela nunca atentó contra la vida de otra persona. Su objetivo, al crear el brazo armado, era llevar a cabo sabotajes en Sudáfrica.

cinco años de prisión, fue enviado a la cárcel de Robben Island, frente a la costa de Ciudad del Cabo. Estando preso, la policía descubrió pruebas de que Mandela había creado un brazo armado y fue sometido a un segundo juicio, junto con ocho de sus compañeros del ANC, esta vez por sabotaje y por planear una invasión armada. El juicio fue complicado desde un inicio: Mandela era considerado un “fugitivo, número uno en la lista del Estado de los Más Buscados [...] en la clandestinidad por más de un año”.⁷ Sin embargo, tanto el juez como los abogados estaban en una situación incómoda: lo trataban con cierta deferencia, como explicaría tiempo más tarde Nelson Mandela, como un colega, un hombre de leyes y no un hombre “fuera de la ley”.

En el contexto de la guerra fría, el régimen del *apartheid* presentó a Mandela como un terrorista, comunista, contrario a los “valores de la civilización occidental” (*sic*). Con la presencia de periodistas de diferentes partes del mundo en el juicio —conocido con el nombre del lugar en donde encontraron las pruebas en su contra, Rivonia—, el joven abogado Mandela asumió su defensa.

El día que se iniciaban las audiencias en la corte para ver su caso, Mandela llegó con su vestimenta tradicional, no con traje occidental y corbata, para subrayar simbólicamente que era un hombre negro en una corte de hombres blancos, que llevaba en su espalda “la historia, la cultura y la herencia” de su pueblo. Sus simpatizantes gritaban “¡Libertad!”, pero Mandela sabía que al presentarse vestido de esa manera las autoridades se sentirían amenazadas, “de igual forma que muchos blancos se sienten amenazados por la verdadera cultura de África”.⁸

En un discurso que conmocionó a gran parte de la población sudafricana y a amplios sectores de la opinión pública internacional, Mandela explicó cuál era la situación en que vivía la población negra, que eran esclavos en su propia tierra, y dijo que, al defenderse, se estaba enjuiciando al sistema, pues era imposible recibir un juicio justo de un juez blanco. Explicó cómo se había unido al ANC y que sus convicciones coincidían plenamente con la política del ANC de democracia y no racismo.

⁷ Mandela, *Long walk to Freedom...*, op. cit., p. 317.

⁸ *Ibid.*, pp. 324-325.

A través de los periodistas extranjeros presentes en el juicio, el mundo empezó a conocer la *magia* de Mandela, su espíritu libre, decidido a lograr el reconocimiento de la dignidad humana de la gente negra. Junto con sus ocho compañeros fue condenado a prisión perpetua y, además, Mandela fue declarado “persona prohibida”, lo que significaba que estaba prohibido pronunciar su nombre en público, repetir sus palabras e incluso reproducir fotografías de él.

Mandela fue enviado a la prisión de Robben Island, un lugar frío y húmedo en el invierno sudafricano. Decía que la cárcel no sólo te roba la libertad: intenta quitarte tu identidad. Los largos años en Robben Island fueron muy duros; las leyes racistas le imponían incluso el tipo de ropa que como persona negra debía portar. Hacia 1974, en condiciones muy difíciles, empezó a escribir en forma clandestina su autobiografía. Internacionalmente se sabía muy poco del trato inhumano que recibía en la cárcel. Por su parte, Mandela siempre estaba pendiente de cómo estaban sus compañeros y su familia fuera de la cárcel. Durante sus años más duros en la cárcel de Robben Island, defendía un discurso pacifista, incluyente y sin racismo. La nación sudafricana la conformaban todos los nacidos en ese país, sin distinciones basadas en el color de la piel.

En 1976 estalló la que sería la segunda gran revuelta popular en contra del sistema de explotación racista de Sudáfrica. En un barrio obrero, Soweto, adolescentes escolares protestaron en contra del intento de imponerles la lengua de los racistas, afrikáans, en vez del inglés, idioma que les permitiría tener contacto más fácilmente con otros países africanos. La manifestación pacífica fue reprimida violentamente y perdieron la vida 618 personas, algunos casi niños, y 13 000 fueron arrestados. Poco después, la figura más relevante de la lucha *antiapartheid* en esa época fue arrestada y murió en condiciones extrañas mientras estaba en la cárcel.

En la década de 1980 comenzó una campaña en todo el mundo para liberar a Mandela, quien sería trasladado a una nueva prisión de alta seguridad, Pollsmoor. Poco después, estalló en Sudáfrica la tercera gran ola de protestas populares en contra del *apartheid*. De manera simbólica, esa revuelta comenzó con las protestas de la población negra en contra de una

nueva Constitución, calificada como “reformista”, que introducía una fórmula para compartir el poder entre la población blanca, la mestiza y la de origen asiático, y negaba la calidad de ciudadanos a los negros y los convertía en extranjeros en su propio país. En medio de altos niveles de violencia, el Estado se volvió ingobernable, surgió el pánico en círculos económicos y financieros, y la élite blanca, antes unida, sufrió fracturas irreconciliables. El jefe de Estado sudafricano ofreció a Mandela una libertad condicionada, que éste rechazó.

Tanto entre la clase media blanca como entre una incipiente clase media africana se registraron cambios cualitativos trascendentes. Al tiempo que sudafricanos blancos empezaban a cuestionar el milenario discurso de odio racial y que surgía una nueva generación de sudafricanos negros, la economía, antes próspera, se hundía en una crisis difícil de superar; entre otros aspectos, por la creciente pauperización de los negros —que no tenían capacidad económica en el mercado interno—, la escasez y encajecimiento de la mano de obra calificada y la imposibilidad de exportar productos sudafricanos hacia su mercado natural, África, debido a las sanciones impuestas en su contra.

En ese contexto, el régimen se vio obligado a liberar a los presos políticos sin condiciones, entre ellos Mandela (febrero de 1990), a permitir el regreso a la legalidad de numerosas organizaciones que habían sido proscritas y a iniciar un difícil proceso de negociación con la participación de todas las fuerzas políticas sudafricanas. El ANC renunció a la lucha armada. Los 27 años de maltrato, aislamiento e injusticia que vivió Mandela en la cárcel no lograron doblegar su espíritu libre; al contrario, se acrecentó su convicción por recuperar la dignidad de la población africana. Salió de la cárcel sin deseos de venganza, convencido de que la reconciliación entre todos los sudafricanos era vital, y la magia de la sonrisa del Mandela anciano cautivó a todo el mundo.

El proceso de negociación de la paz fue difícil y en ocasiones tuvo que ser temporalmente suspendido por incidentes violentos. Culminó con la proclamación de una Constitución de transición, que sirvió de marco para la celebración de las primeras elecciones basadas en la fórmula “una persona, un voto”, sin distinción del color de la piel, con la formación de un gobierno de unidad nacional.

Los dos principales grupos contendientes defendían proyectos cualitativamente distintos de nación. Por un lado, el ANC representaba los intereses de la gran mayoría de la población negra y de los opositores al sistema del *apartheid*, con un proyecto incluyente de nación. Como movimiento de liberación nacional, el ANC era una *alianza social* (no un partido político, en sentido estricto) y carecía de experiencia, tanto en la competencia electoral como en la conducción del Estado; por otro lado, el National Party (NP) de la minoría blanca, en el poder desde 1948, representaba los intereses del sector política y económicamente dominante de la población blanca local.

Nelson Mandela fue el primer presidente de piel negra en Sudáfrica (1994-1999), electo por voto popular, al frente del denominado Gobierno de Unidad Nacional, que tuvo como principal objetivo buscar la reconciliación nacional. De acuerdo con la Constitución provisional, la primera vicepresidencia fue asignada al partido con la mayor cantidad de votos (Thabo Mbeki, por el ANC), y la segunda vicepresidencia al partido que obtuvo el segundo lugar en las votaciones (Frederick Willem de Klerk, antiguo jefe de Estado y líder del NP). En 1996, el NP se retiró del gobierno, pues afirmó que su separación le permitiría actuar como verdadera oposición.

La elección general de 1994 fue un salto cualitativo en la historia de Sudáfrica cuya trascendencia no tiene comparación con las transiciones políticas en otras partes del continente africano. La victoria electoral del ANC no fue simplemente el triunfo de un partido político o el logro de un ideal democrático, sino la derrota del racismo. Significó la supremacía política de un movimiento de liberación nacional complejo, que comprende a una amplia gama de organizaciones sociales, políticas y sindicales,⁹ identificadas entre sí por su oposición al sistema del *apartheid* y por la búsqueda de una sociedad incluyente y democrática. A partir de 1994 empezó a gobernar un movimiento

⁹El ANC era un frente amplio que comprendía, entre otros, a unos 15 000 exiliados, a la principal central sindical (Cosatu: Congress of South African Trade Unions), al foro que agrupa a las principales organizaciones de base (SANCO: South African National Civic Organisation) y al Partido Comunista Sudafricano (SACP). Este hecho no impidió, sin embargo, las tensiones con los sindicatos durante el Gobierno de Unidad Nacional.

político, con la capacidad para rediseñar la vida política y económica del país, que representa intereses muy diversos entre sí y en el cual ningún grupo social es dominante.

A pesar de que la Constitución provisional establecía una presidencia ejecutiva, Nelson Mandela jugó un papel simbólico. Consagró sus esfuerzos a promover la imagen de la denominada “nueva Sudáfrica” y, sobre todo, a encabezar una activa política exterior, lo que sería identificado como la transformación de Sudáfrica en una potencia media, con una gran capacidad mediadora.

Durante este gobierno se creó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (TRC por sus siglas en inglés), con la misión de establecer un espacio propicio para que contaran su verdad tanto las personas y sus parientes víctimas de graves violaciones a sus derechos humanos durante los años más duros del *apartheid* (1960-1994), como los victimarios. Esta práctica tenía como fundamento el valor curativo de decir la verdad, lo que debía servir de punto de partida para la reconciliación. El principio de justicia estaba fundamentado en una concepción tradicional sudafricana. Aunque los trabajos de la Comisión han sido objeto de severas críticas, es indudable que ésta jugó un papel decisivo en los primeros años de la era posterior al *apartheid*.

Madiba siempre insistía en que era solamente un ser humano, que cometía errores como cualquier otro y que lo que más apreciaba en sus verdaderos amigos era el hecho de que le advirtieran cuando estaba equivocado. Nunca pretendió ser un héroe ni un hombre infalible. Insistía en que la lucha en contra del *apartheid* había sido un proceso colectivo, en cuyo contexto él había sido una persona más.

Recibió importantes distinciones internacionales desde que estaba en cautiverio, y más tarde como un hombre libre, como el Nobel de la Paz junto con el ex presidente F. de Klerk; una estatua suya fue erigida en Londres y fue declarado “presidente del mundo”. Pero Mandela siguió siendo el hombre sencillo y humanista que se forjó en las colinas de Transkei con las enseñanzas de los ancianos de su comunidad.

Como jefe de Estado de Sudáfrica, y después desde su retiro oficial de la política (a partir del 2000), continuó su lucha en contra de todas las formas de injusticia social y en favor de la solución pacífica de los conflictos dentro y fuera de África; expresaba su indignación por las condiciones de pobreza en las que seguía viviendo gran parte de la población negra en Sudáfrica y cuestionaba la humanidad de aquellos que le dan la espalda al problema del sida. Siempre fue un hombre de lucha y de principios, pero nunca fue violento —ni siquiera cuando tuvo que aprender a usar armas de fuego— y siempre fue contrario a cualquier discurso de odio, incluso en contra de los enemigos históricos de los africanos.

El 5 de diciembre de 2013, a los 95 años, falleció Nelson Rolihlahla Mandela, Madiba, en Johannesburgo, Sudáfrica. Después de un funeral de Estado al cual asistieron numerosos jefes de Estado y de gobierno y ex jefes de Estado, una carroza fúnebre con su féretro recorrió las calles de Pretoria, ante la mirada respetuosa, agradecida, de la población sudafricana, sin distinciones por el color de la piel. Madiba fue enterrado en una ceremonia tradicional xhosa, con sus familiares y amigos, en Qunu, donde había vivido sus años más maravillosos de una infancia tranquila y suave, en medio de verdes colinas y aguas cristalinas.

Sudáfrica enfrenta aún problemas: desempleo, persistencia de la pobreza sobre todo entre la gente de piel negra, criminalidad; pero indudablemente es un país cualitativamente distinto al que existía cuando nació Mandela, para quien era imposible, en unos cuantos años, lograr superar las secuelas de siglos de explotación racista.

Nelson Madiba Mandela nos hereda su indómito espíritu de libertad. Como dijo el jefe étnico en la ceremonia del rito de iniciación del Mandela adolescente, Madiba dio a su pueblo el regalo más preciado: la libertad. ❖

